

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a acontecimientos históricos, personajes o lugares reales están al servicio de la ficción. El resto de nombres, personajes, lugares y eventos son obra de la imaginación de la autora y cualquier parecido con sucesos o personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Last Garden in England*

© 2021, Julia Kelly. Publicado según acuerdo con Gallery Books,
un sello de Simon & Schuster, LLC.

© 2024, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-71-3

Código IBIC: FA

DL: B 8.163-2024

Composición:
Sergi Godia

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Julia Kelly

El jardín suspendido en el tiempo

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Para mi padre, que me transmitió su amor por los jardines

Por eso todas las estaciones serán dulces para ti.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Prólogo

Enero de 1908

*C*alzada con unas botas robustas, sus pasos son firmes sobre el camino de piedra a pesar del hielo que cruje bajo sus pies. A su alrededor, las ramas cubiertas de nieve se doblan, se arquean y amenazan con romperse. Todo está en calma.

Se adentra todavía más en el jardín de invierno. Es austero y hermoso, con sus grupos de abedules plateados intercalados con conejos y tallos de un vívido color rojo sangre que resaltan sobre las gramíneas lastimeras. Unos eléboros del blanco más puro, también conocidos como «rosas de Navidad», salpican los bordes. Le duele pensar que, en un mes, las primeras campanillas de invierno brotarán entre la nieve con sus elegantes flores blancas antes de que les sigan las flores del azafrán, violetas y con el estambre de un tono amarillo vibrante. Ella no presenciará esos heraldos de la primavera. Serán otros los que tendrán que leer las señales que indicarán que el jardín está listo para ceder su corona.

Se detiene al borde del camino de piedra mientras la asalta la pena como si fuese una bestia desesperada por liberarse. Se enjuga una lágrima medio congelada. No debería estar allí. Sin embargo, no podía marcharse sin contemplar una vez más aquel lugar de amor y pérdida.

No; no se quedará mucho tiempo. Tan solo lo que dura una despedida.

Invierno

Emma

Febrero de 2021

Aunque Emma no hubiese estado buscando el desvío, le habría resultado difícil pasar por delante del acceso a Highbury House sin darse cuenta. Dos pilares de ladrillo coronados por un par de leones de piedra se alzaban en un hueco del seto, evocando los tiempos de los carruajes, las cazas del zorro, los bailes de cacería y las elaboradas fiestas celebradas en casa.

Giró hacia el camino de gravilla mientras se preparaba mentalmente para conocer a sus clientes. Por norma general, no aceptaba un trabajo sin haber visitado antes el lugar, pero había estado demasiado ocupada con el proyecto de restauración de Mallow Glen como para viajar desde Escocia para una inspección. En su lugar, había sido Charlie, su mejor amigo y el jefe de equipo de Turning Back Thyme,¹ el que se había adelantado para tomar las medidas. Por su parte, Sydney Wilcox, la propietaria de Highbury House, había organizado una serie de videoconferencias para explicarle el proyecto: devolver su antigua gloria a aquellos jardines que, en el pasado, habían sido espectaculares.

El camino terminaba en un patio en torno al que se había construido la casa en forma de «U». Sin embargo, su elegancia se veía empañada por montones de escombros.

¹ «Turning Back Thyme» es la empresa de jardinería de Emma, especializada en restaurar jardines históricos. El nombre («Volver atrás en el tiempo») emplea un juego de palabras entre «time» («tiempo») y «thyme» («tomillo»), que se pronuncian igual en inglés. Así, hace referencia tanto al aspecto histórico de la empresa como al vegetal (*N. de la T.*)

Emma aparcó detrás de un Range Rover gris acero y se bajó del automóvil con una pesada bolsa de lona de trabajo colgada de un hombro. El zumbido agudo de las herramientas eléctricas inundó el aire, seguido de un montón de ladridos. Por el rabillo del ojo captó un destello rojo. Entonces, un par de *setters* irlandeses salieron por la puerta principal y fueron directos hacia ella.

Levantó las manos para protegerse del más pequeño de los animales que, aun así, consiguió erguirse sobre las patas traseras, apoyarle las delanteras en los hombros y lamerle la cara. El otro perro daba vueltas en torno a sus pies, ladrando para darle ánimos.

Cuando estaba intentando apartar a los animales, Sydney apareció por la puerta y atravesó el patio medio corriendo.

—¡Bonnie, abajo! ¡Clyde, deja pasar a Emma!

—No pasa nada—contestó ella con la esperanza de sonar al menos un poco convincente mientras Bonnie conseguía darle otro lametazo—. Te sorprendería la cantidad de trabajos que empiezan así, especialmente cuando son en el campo. Todo el mundo tiene perros.

—Lo siento mucho, de verdad. Hemos gastado mucho tiempo y dinero en entrenarlos y, aun así, hemos acabado con dos de los perros peor educados de todo Warwickshire. —Sydney agarró a Bonnie del collar y tiró de ella para apartarla mientras Clyde se sentaba con obediencia a los pies de su dueña—. No finjas que no eres igual de malo que ella —lo regañó la mujer, cuya voz estaba cargada de recuerdos de buenos colegios, clases en el club de equitación local y partidos de críquet los sábados en el parque del pueblo. Mientras se erguía, Sydney volvió a recogerse la melena rizada y pelirroja—. Lo siento. Estos dos se pasan el día siguiendo a los albañiles. Alguien ha debido dejarse la puerta abierta. ¿Has tenido algún problema para llegar hasta aquí? ¿Había tráfico en la M40? A veces es una pesadilla. ¿Has encontrado el desvío sin problemas?

Emma pestañeó mientras se preguntaba a qué debía contestar primero. Un alegre caos parecía arremolinarse en torno a la propietaria de Highbury House. Emma ya lo había notado

durante las videoconferencias, pero, en persona, rodeada por un par de perros y a la sombra de una casa en obras, resultaba una experiencia totalmente distinta.

–No he tenido ningún problema para encontrar la casa –dijo al fin.

–Me alegro mucho de que hayas llegado ahora. Esta mañana ha estado lloviendo y le he dicho a Andrew que no me podía creer que la primera vez que fueras a ver el jardín de verdad fuese en medio de una tormenta. Pero, después, ha despejado y, ahora, ¡aquí estás! –Sydney se dio la vuelta hacia la casa y, con un gesto, le indicó que la siguiera–. Vas a tener que disculpar todo el ruido.

–¿Estáis viviendo aquí durante la obra? –Emma alzó la voz para hacer la pregunta mientras se asomaba al recibidor, que estaba cubierto con lonas protectoras.

Junto a la gran escalinata, que estaba bordeada por una barandilla tallada a mano, había una escalera de mano. Del aire pendía el olor a pintura fresca a pesar de que parecía que acabaran de quitar el papel pintado de las paredes.

–Así es –dijo la voz de un hombre a espaldas de Emma–. Soy Andrew. Un placer conocerte en persona.

Emma estrechó la mano de Andrew mientras pasaba la mirada entre él y su esposa. Él era más alto que la vivaracha Sydney. Tenía las gafas estilo Clark Kent apoyadas en el puente de la nariz y el cabello corto y castaño peinado con esmero hacia un lateral. Rodeó con un brazo la cintura de su mujer como si fuese la cosa más natural del mundo y la miró con una sana mezcla de diversión y adoración.

Incluso entre el polvo de una casa a medio terminar, los Wilcox exudaban elegancia, educación y clase. Eran una pareja de oro, lo que, según su experiencia, hacía que fuese más probable que acabasen siendo una molestia tremenda. Sin embargo, eran clientes que le iban a pagar y que querían un proyecto de restauración en lugar de un jardín totalmente nuevo. De hecho, ni siquiera se habían inmutado cuando les había entregado el presupuesto.

—Andrew me dejó convencerlo de que debíamos estar presentes durante la reforma. —Sydney se mordió el carnoso labio inferior—. Está siendo un proyecto más largo de lo que incluso nosotros habíamos esperado.

El hombre sacudió la cabeza.

—Nos habían dicho que tardarían seis meses...

—¿Y cuánto tiempo lleváis ahora? —preguntó Emma.

—Dieciocho meses. Y tan solo hemos acabado una de las alas de la casa. Todavía queda mucho trabajo —respondió Sydney—. Cariño, estaba a punto de enseñarle a Emma el jardín.

—No quiero ser una molestia —dijo ella rápidamente—. He estado trabajando con las especificaciones de Charlie, así que estoy segura de que puedo hacerlo sola.

—Insisto —replicó la propietaria—. Me encantaría escuchar tus primeras impresiones y, además, tengo un par de ideas.

Ideas. Todos sus clientes tenían ideas, pero muy pocas eran buenas. Como aquel hombre de las afueras de Glasgow que había insistido en que quería un jardín tropical en medio de Escocia a pesar de que ella le había advertido de que mantenerlo requeriría mucho trabajo. Seis meses después de que Turning Back Thyme hubiese terminado y hubiese comenzado con un nuevo proyecto, la había llamado para quejarse de que todos y cada uno de sus plataneros habían muerto durante el invierno y pedirle que se los sustituyera de forma gratuita. De manera muy educada, le había remitido al contrato, en el que se especificaba que no se hacía responsable de las negligencias por parte de los propietarios.

Al menos, Highbury House iba a ser diferente en ese sentido: un descanso de todos los proyectos de diseño contemporáneo que aceptaba para mantener el negocio a flote. Sin embargo, aquel era un jardín histórico de cierta importancia que llevaba años prácticamente abandonado y que los Wilcox querían ver florecer de nuevo tal como lo había hecho cuando se creó en 1907.

Aunque requerían mucho más tiempo e investigación que los proyectos modernos, no había nada que a Emma le gustase más

que las restauraciones. Le había tocado luchar contra patios de hormigón y praderas terribles de césped que los propietarios anteriores habían plantado porque era más «fácil» que tener que dedicar tiempo a la auténtica jardinería. En un caso especialmente flagrante, había arrancado dos hectáreas de césped artificial que se había instalado en los años setenta para recrear un jardín de nudos francés del siglo XVIII por el que habían paseado damas con pelucas empolvadas en el pasado. Podía hacer que de pastos y prados florecieran jardines olvidados tiempo atrás. Podía hacer que el reloj retrocediera y que las cosas volvieran a estar bien.

Sin embargo, no podía vivir solo a base de retos y, dado que Sydney iba a pagar sus facturas durante casi un año, haría caso a sus ideas dentro de lo razonable.

—Me gustaría mucho tener compañía —dijo, intentando teñir su voz de todo el entusiasmo posible.

—¿Vienes, cariño? —le preguntó la mujer a Andrew.

—Me encantaría, pero Greg me ha dicho antes algo sobre los travesaños del suelo —contestó él.

—¿Qué les ocurre?

Andrew soltó una carcajada y se subió las gafas.

—Al parecer, no queda ninguno en la salita de música. Están podridos por completo.

Emma arqueó las cejas mientras Sydney dibujaba una «O» con los labios. Andrew se despidió con un gesto de la mano, rodeó la escalera de mano y desapareció por una de las puertas que comunicaban con el recibidor.

—Me temo que, últimamente, estas cosas pasan muy a menudo. —La mujer señaló unas puertas francesas a las que les habían quitado la pintura y que parecían estar a la espera de un buen lijado—. El acceso más fácil al jardín es por aquí.

Emma siguió a su clienta y salieron a una amplia veranda. Algunas de las enormes losas de pizarra que tenía bajo los pies estaban agrietadas y las malas hierbas se colaban entre los huecos, pero no se podía negar que las vistas eran preciosas. Una larga pradera de césped descendía por una colina suave hasta llegar

a unos árboles que bordeaban un lago en calma. Entrecerró los ojos, evocando la fotografía antigua que había encontrado en los Archivos Warwick y en la que se veía el jardín durante una fiesta celebrada en 1920. En el pasado, había habido un pequeño tramo de escaleras que conducían a un estanque reflectante rodeado por bojés que dibujaban dos cuartos de círculo, así como un arriate alargado que recorría el extremo oriental de la propiedad. Ahora, no quedaba más que una pradera ininterrumpida de césped que no poseía nada del encanto que, sin duda, habría impregnado el diseño original de Venetia Smith.

Sintió una punzada de emoción en la nuca. Iba a restaurar un jardín de Venetia Smith. Mucho antes de haberse vuelto famosa en Estados Unidos, la diseñadora eduardiana de jardines había trabajado en un puñado de proyectos en Gran Bretaña. Emma le debía su carrera a un programa de la BBC sobre la restauración del jardín de Venetia en Longmarsh House. A los diecisiete años, había insistido en que sus padres la llevaran allí de vacaciones. Mientras la mayoría de sus amigos se planteaban en qué universidades podrían estudiar, ella se había plantado en aquel jardín restaurado y se había dado cuenta de qué era lo que quería hacer con su vida.

Mientras bajaban los escalones de la veranda, Sydney señaló el límite occidental del jardín.

—No queda demasiado del arriate sombrío.

Emma se acercó hasta uno de los troncos nudosos que custodiaban el camino que recorría toda la largura de la pradera de césped. La corteza fría y áspera le resultó reconfortante y familiar bajo la palma de la mano.

—Los árboles que bordean el paseo de los tilos parecen estar bien cuidados.

—Es cosa del servicio de jardinería. Papá mantuvo a la misma empresa que había contratado el abuelo. Hacen lo que pueden para mantener las cosas en orden —dijo Sydney.

En orden, pero nada más.

—Toda esta zona debía de ser mucho más vívida cuando la crearon —comentó ella.

—¿Incluso aunque quede a la sombra?

Emma sonrió.

—Es un error común pensar que los jardines umbríos son aburridos. No he encontrado ninguna fotografía en los archivos del aspecto que tenía cuando Venetia lo creó, pero le encantaba el color, así que podemos suponer que le dio uso.

—Tras nuestra última videoconferencia, compré varias colecciones de sus libros y diarios —dijo Sydney—. Escribió tantísimo que casi no sabía por dónde empezar.

—Mis favoritos son sus diarios. Publicó unos cuantos en la época de entreguerras pero, hace unos veinte años, alguien compró su antigua casa de Wimbledon y encontró dos de sus primerísimos proyectos —comentó ella.

—Pero nada de Highbury.

Emma negó con la cabeza.

—Si fuera así, tendríamos un plan integral para el proyecto. ¿El jardín del té está por ahí? —preguntó mientras señalaba con un gesto de la cabeza un pasadizo cerrado que había entre los tilos.

—Sí —contestó la propietaria.

La pulcritud del paseo de los tilos se desvaneció en cuanto accedieron al jardín del té. Se trataba de una zona delimitada por muros de ladrillo y tejos que habría sido creada como un santuario para que las damas pudieran cotillear entre los tonos pastel de flores caprichosas. Ahora, era un caos.

—Los jardineros no se pasan demasiado por los diferentes jardines temáticos —dijo Sydney con un deje de disculpa en la voz—. Papá decía que ya era bastante caro mantener el césped y las partes que pueden verse desde la casa.

Era evidente. Había gaura muerta entrelazada con unas flores de zanahoria salvaje que estaban completamente secas y doblándose sobre sí mismas, así como varios macizos de rosas repletos de escaramujos, tristes y desaliñados tras haber pasado demasiados inviernos sin una buena poda y que Emma dudaba que dieran más de una docena de flores en junio. Todo lo demás era una mezcla indiscriminada de flores muertas tiempo atrás y hierbajos.

—Cuando haya terminado, puedo ayudarte a encontrar un equipo que se encargue del mantenimiento de los jardines —dijo.

—¿Tan mal está la cosa? —preguntó Sydney con una carcajada.

—Si yo fuera tu padre, pediría que me devolvieran el dinero. En toda esa zona, parece que solo hay maleza —dijo mientras señalaba un extraño hueco de tierra batida en el que reposaba un banco de teca olvidado y cubierto de enredaderas—. Lo más probable es que, en el pasado, ahí hubiese un cenador o una pérgola de algún tipo.

—Fue una de las víctimas de la Gran Tormenta del 87. Sé que perdimos algunos árboles en el borde del lago y el paseo. Encontré facturas de los podadores de árboles entre los registros del abuelo —contestó Sydney.

—¿Has tenido la suerte de encontrar algo del año en el que se creó el jardín? —preguntó ella.

—Todavía no, pero no te preocupes: el abuelo nunca tiraba nada. Todavía estoy sacando cajas de documentos del estudio y ni siquiera he abordado todavía el ático. Si hay algo, lo encontraré.

Emma siguió a Sydney a través de un seto de tejos para salir al jardín de los enamorados, en el que había zonas de tierra desnuda y plantas tropicales con varios problemas a las que estaba segura de que Venetia no habría tenido acceso en su tiempo. Más allá, el jardín infantil era poco más que una colección de flores silvestres y cuatro cerezos que necesitaban una poda con urgencia. El paseo de las lavandas estaba repleto de maleza, pero crecía bien. Ahora, el jardín de las esculturas estaba compuesto principalmente por césped y unas pocas estatuas rotas y agrietadas por el tiempo. A continuación, había un jardín dispar cuyo propósito todavía no había conseguido adivinar a pesar de sus investigaciones y lo que se suponía que era un jardín blanco que se había autosembrado hasta convertirse en lo que estaba segura de que serían una multitud de colores en cuanto llegara la primavera. Siguieron caminando hasta lo que Emma supuso que era un jardín acuático desaparecido mucho tiempo atrás y en el que el canal bajo que corría por el centro

estaba atascado por hierbas no acuáticas. Todo aquello le resultó... triste; un desastre indistinto y extensivo de negligencia.

–Y, por aquí –dijo Sydney mientras recorrían un camino que se encontraba entre el jardín acuático y el jardín blanco–, se llega a este lugar.

Al principio, lo único que vio Emma por encima del muro elevado de ladrillo fueron las altas copas de los árboles y las ramas alargadas de un rosal trepador que luchaban entre sí por la supremacía y por recibir más luz del sol. Sin embargo, cuando rodearon el muro ligeramente curvado que formaba un círculo de ladrillo, llegaron hasta una verja de hierro que se había vuelto marrón y anaranjada a causa del óxido. Había unas enredaderas enroscadas en los barrotes y entre ellos asomaban de forma tosca los tallos de algunas plantas. En aquel jardín, todo parecía desesperado por escapar.

–Este debe de ser el jardín del que me advirtió Charlie –dijo.

–El jardín de invierno. Cuando era pequeña, solo veníamos a esta casa dos veces al año: para el cumpleaños del abuelo y el día después de Navidad. Sin embargo, recuerdo que mi padre siempre me traía a pasear por los jardines. En pleno diciembre, esta era la única parte que parecía estar viva –señaló Sydney.

–¿Has estado dentro? –preguntó Emma mientras rodeaba los barrotes de hierro con las manos e intentaba en vano ver algo más allá del espeso follaje.

–No; ha estado cerrado desde que tengo uso de razón.

Emma pasó un dedo por el enorme ojo de la cerradura que había tallado en el hierro.

–Entonces, entiendo que no hay ninguna llave para la verja.

Sydney sacudió la cabeza.

–Es otra de las cosas que estoy buscando. Andrew sugirió que trajéramos a un cerrajero, pero he hablado con dos y ambos me han dicho que, teniendo en cuenta el estado y la antigüedad de la verja, lo más posible es que tuvieran que cortar la y separarla de las bisagras para poder abrirla. Hacer eso no me parece... bien.

–¿No te parece bien? –preguntó Emma mientras se apartaba.

—Mi conciencia no me permitiría destruir parte de la historia del jardín cuando me estoy esforzando tanto por restaurar la casa. Además... —Sydney hizo una pausa—. El jardín de invierno tiene algo... Transmite una sensación de tanto abandono...

Todo el jardín era un claro ejemplo de desidia, pero comprendía lo que quería decir. Suponía que Sydney tendría más o menos su edad y la idea de que alguien pudiera dejar aquel lugar intacto y desatendido durante treinta y cinco años le hacía estremecerse. Era tan... ¿siniestro? ¿Solemne?

Reservado.

No había nada en aquel trabajo que fuese a resultarle fácil. No había planos y había poco material de archivo y gran parte de la estructura original del jardín se había perdido con el tiempo. Pero, si bien eso podría haber ahuyentado a algunos de sus competidores, que preferían la tranquilidad de diseñar jardines contemporáneos siguiendo las especificaciones exactas de sus clientes, Emma no pudo evitar el cosquilleo de emoción que la invadió al contemplar aquel desastre sin remedio. Aquello era lo que hacía que mereciera la pena esforzarse tanto con las nóminas, los pedidos y las citas con su gestor. Highbury House era el tipo de proyecto que le encantaba.

—Bueno, podríamos conseguir una escalera de mano e intentar escalar el muro —sugirió.

—Andrew lo intentó —replicó Sydney—. Se subió ahí arriba y se dio cuenta de que, al otro lado, no había dónde apoyar la escalera de forma segura.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo después de que vendiéramos la empresa. Nos ofrecimos a comprarles la casa a mis padres. El abuelo les había dejado algo de dinero, pero la mayor parte se destinó a arreglar las goteras del tejado y a intentar caldear el edificio para que no salieran humedades. Con los años, se había convertido en una carga, pero mi padre nunca se vio capaz de venderla.

Emma le dedicó una sonrisa.

—Y, ahora, tú has decidido recomponerla de nuevo.

–Así es. Somos Sydney y Andrew Wilcox, salvadores de casas antiguas.

–Y de sus jardines –añadió Emma.

–Espero que la inmensidad del proyecto no te haya asustado –dijo la propietaria.

Aunque el tamaño del proyecto de Highbury House hubiera sido intimidante, Emma lo habría aceptado. Mallow Glen se había retrasado un mes por tres problemas diferentes con los proveedores, lo que la había obligado a sacrificar un trabajo menor para arreglar el jardín de una casita de campo en Leicestershire mientras llevaba a cabo los preparativos para Highbury House. Haber perdido esa inyección adicional de dinero para el negocio dolía, pero Highbury iba a ser un premio mucho más grande.

–Es complicado –admitió–. No tenemos mucha documentación o fotografías originales en las que basarnos, así que he dibujado unos planos basándome en otros diseños de Venetia de la misma época.

–Te prometo que me pondré manos a la obra con las cajas –dijo Sydney–. Y, bueno, ¿qué ocurrirá a continuación?

–Que llegará mi equipo. Ya has conocido a Charlie, pero también están Jessa, Zack y Vishal. Empezarán por deshacerse de toda la maleza para que podamos ver de verdad con lo que vamos a trabajar. Debería poder enseñarte los planos finales esta semana.

Sydney juntó las manos frente a ella. Parecía como si estuviera a punto de ponerse a cantar como si fuera la heroína de un musical.

–¡Qué ganas tengo! –dijo en su lugar.

«Yo también», pensó Emma.

Emma se pasó la compra de un brazo a otro y se sacó las llaves del bolsillo. El agente inmobiliario se había ofrecido a acompañarla hasta Bow Cottage, pero ella había rechazado la oferta amablemente. Después de haberse pasado todo el día siguiendo a Sydney, ansiaba la paz y la tranquilidad de su casa de alquiler.

Tras solo dos intentos, consiguió abrir la puerta delantera, que era roja, y encender las luces de la entrada. Dejó que la puerta se cerrara sola a sus espaldas y soltó un suspiro de alivio antes de emprender la búsqueda de la cocina en el que iba a ser su hogar durante los siguientes nueve meses. Ya se ocuparía más tarde del equipaje que estaba embutido en el maletero de su automóvil. Primero, necesitaba una taza de té y poner a cargar el teléfono móvil.

Encontró una salita de buen tamaño junto al recibidor y un estudio pequeño justo al lado. En la otra parte del pasillo había un comedor con una mesa grande con la parte superior construida a base de tablones de madera que iba a utilizar para dibujar planos más que para recibir invitados. La siguiente puerta era la de la cocina, que era bastante básica pero bonita. Unas cortinas de muselina colgaban sobre las ventanas amplias que daban a un patio de ladrillo y una zona de césped con raigrás y una *magnolia grandiflora* madura al fondo. Dejó las bolsas de la compra en la encimera; puso a cargar el móvil apagado; llenó la tetera eléctrica que había a su disposición y comenzó a rellenar su frigorífico temporal.

Acababa de colocar los yogures y la leche cuando recibió una notificación. Hizo una mueca al darse cuenta de la cantidad de mensajes que había recibido, entre los que se incluían varios de Charlie en los que le preguntaba si quería que llevara algo a la mañana siguiente, cuando se reunieran *in situ*, y, después, se burlaba de ella por haber vuelto a dejar que se le agotara la batería.

Mientras revisaba todo, vio que tenía una llamada perdida de su padre. Marcó su número y puso el altavoz del teléfono para poder seguir descargando todas sus provisiones.

—¿Estás bien, Emma? —dijo la voz de su padre con un marcado acento del sur de Londres.

—Pareces animado —contestó ella con una sonrisa.

—Llevo todo el día esperando junto al teléfono para que me cuentes cómo te ha ido el primer día.

—¡Hola, cariño! —exclamó su madre desde el fondo—. Me alegra ver que no descuidas a tus amorosos padres.

–Tu madre te manda saludos –dijo su padre, suavizando el saludo de su esposa.

Emma soltó un suspiro.

–Siento no haberos llamado antes, pero me había quedado sin batería en el teléfono.

El hombre se rio.

–Siempre te estás quedando sin batería en el móvil. ¿Qué tal el jardín?

Dejó el pan sobre la encimera.

–Triste. Los propietarios actuales, Sydney y Andrew, se lo compraron a los padres de ella, que lo habían heredado de su abuelo. Parece que sus padres hicieron lo que pudieron para que el lugar siguiera en pie, pero todo lo demás quedaba fuera de su alcance. Ya puedes imaginarte el estado en el que se encuentra el jardín.

–¿Tan mal está? –preguntó él.

–Algunas zonas las han excavado por completo, pero otras están llenas de maleza. Hay cuatro cerezos de Morello que parece que no han recibido los cuidados adecuados en treinta años. Y luego, está el fondo del jardín. Es todo un desastre... Hay un jardín cuya temática ni siquiera soy capaz de adivinar.

–Parece que tienes mucho trabajo por delante –comentó su padre.

–Así es. El lugar debía de ser precioso incluso cinco años después de que Venetia lo terminara.

Solo que dudaba que Venetia Smith hubiera llegado a ver terminado su trabajo alguna vez. Por lo que sabía, tras haberse marchado de Gran Bretaña, jamás había regresado.

–Seguro que sí. –La línea se quedó en silencio y Emma se dio cuenta de que su padre se había esforzado al máximo por cubrir el micrófono del móvil. Se preparó para el momento en el que regresó y dijo:– Tu madre quiere hablar contigo.

Antes de que pudiera poner ninguna excusa (que estaba cansada, que tenía que preparar la cena, etc.), oyó cómo el teléfono pasaba de una mano a otra y, después, la voz de su madre.

–¿Has sabido algo de la fundación?

–Hola, mamá. Estoy bien, gracias por preguntar.

–Nos tienes en ascuas, Emma. Necesitas ese trabajo de jefa de conservación –insistió su madre sin hacerle caso.

Ella no lo habría descrito como una necesidad, pero intentó dejar a un lado su enojo. Su madre quería lo mejor para ella y, en su mente, un trabajo estable en la prestigiosa Real Sociedad del Patrimonio Botánico era lo mejor a lo que podía aspirar una chica de Croydon sin un título universitario.

–Todavía no lo sé. Me dijeron que me llamarían en caso de que pasara a la siguiente ronda de entrevistas –replicó.

–Claro que querrán hablar contigo de nuevo. No podrían encontrar a nadie mejor para dirigir sus trabajos de conservación. Y, por una vez en la vida, tú podrías tener un sueldo fijo.

–Tengo un sueldo fijo –contestó ella. «La mayor parte del tiempo».

–¿No te pasaste el verano pasado persiguiendo a esa horrible pareja que se negaba a pagarte? –le preguntó su madre.

Habría sido más exacto decir que su abogado había perseguido a la pareja que se había negado a pagar la segunda mitad de sus honorarios y que había intentado endosarle una factura de diez mil libras por unas plantas raras y el paisajismo de elementos no vegetales que ellos mismos habían insistido en incluir en el diseño de su jardín.

–Al final, pagaron –dijo con un suspiro al recordar los gastos legales que habían mermado el dinero que había recuperado.

–Después de que los amenazaras con tomar acciones legales.

–Eso no ocurre muy a menudo –replicó ella.

–Admítelo, cariño: Turning Back Thyme está bien como pequeño negocio, pero no es que te esté cubriendo de oro precisamente.

–Mamá...

–Si consiguieras el trabajo de la fundación, por fin podrías comprarte una casa. Los precios no están tan mal si te vas lo bastante lejos al sur del Támesis. Podrías tener tu propio jardín y estarías mucho más cerca de nosotros en lugar de estar vagando por ahí –dijo su madre.

–Me gusta ir de aquí para allá.

–Tu padre y yo no gastamos tanto en colegios para que ahora seas una sintecho –insistió su madre.

–¡Mamá! No soy una sintecho. Vivo donde trabajo. Además, en caso de que la fundación me ofreciera el trabajo, para el que ni siquiera han hecho las segundas entrevistas todavía, seguiría teniendo que decidir qué hacer con mi empresa. Esa no es una decisión fácil.

–Podrías venderla.

–Mamá...

–¿Tan malo sería?

La negativa no le salió con tanta rapidez como debería haberlo hecho. Le encantaba Turning Back Thyme, pero ser la única a cargo de un negocio era duro. Vivía con el estrés casi continuo de preguntarse si aquel iba a ser el año en el que todo iba a venirse abajo. Un par de malos encargos o una temporada sin trabajos y no solo estaría en juego su sustento, sino el de todo su equipo.

Si tan solo tuviera que dedicarse a diseñar, sería el paraíso, pero era mucho más que eso. También se encargaba de la contabilidad, los recursos humanos, las nóminas, el *marketing* y las ventas, todo a la vez. Había días en los que pasaba de trabajar en un jardín a pasar la noche pegada al portátil para procesar los montones de papeleo digital que conllevaba dirigir una pequeña empresa. Después, se derrumbaba en la cama solo para despertarse ahogando un grito tras haber tenido una pesadilla recurrente en la que se conectaba a la cuenta bancaria del negocio y se encontraba con un descubierto de setenta y cinco mil libras.

Eran días como esos y conversaciones como aquella los que hacían que se preguntara si se estaba engañando al creer que podía seguir así el resto de su vida.

Se aclaró la garganta y dijo:

–Tengo que hacer la cena y prepararme para mañana.

–Tienes mucho potencial, Emma.

«No te críe para que te pasaras el día excavando en la tierra».

«Se suponía que ibas a ser mejor que esto».

«Lo tiraste todo por la borda, Emma».

«Menuda decepción».

Emma no podía dejar de oír aquellas palabras que le había dedicado durante todas y cada una de las peleas que habían tenido cuando le había dado la espalda a la universidad y había escogido aquella vida. Una vida que su madre, que había conseguido superar sus raíces en la clase obrera, no había querido para ella.

–Tengo que colgar, mamá –dijo débilmente.

–Mándanos fotos de la casa en la que vas a pasar estos meses –replicó la mujer. Ahora que ya había lanzado sus dardos, su voz adquirió un tono más alegre.

–¡Y del jardín también! –gritó su padre desde el fondo.

–Lo haré –prometió ella.

Colgó y volvió a centrarse en la compra mientras intentaba deshacerse de la duda acechante de si, tal vez, su madre estaba en lo cierto.

Venetia

Highbury House

Martes, 5 de febrero de 1907

Soleado; vientos del este

Cada nuevo jardín es como un libro sin leer en el que las páginas están llenas de posibilidades. Esta mañana, de pie en las escaleras de Highbury House, casi estaba temblando de la emoción. Cada jardín, cada encargo por el que he luchado duro, me parece un triunfo, y estoy decidida a que Highbury House sea mi mayor logro hasta la fecha.

Pero me estoy apresurando al contar esta historia.

He llamado al timbre –lo que ha hecho que, en algún lugar de la casa, un perro comenzase a ladrar– y he esperado mientras tironeaba de las solapas de mi abrigo de lana azul marino, que quedaba muy elegante sobre la camisa blanca. Adam le había dado el visto bueno a mi aspecto antes de subirme al tren con la promesa de que cuidará la casa y el jardín mientras yo esté en Warwickshire.

He echado un vistazo a mi alrededor, asombrada por el aspecto tan austero que tiene Highbury House ahora que se ha visto despojada de las coronas y guirnaldas que colgaban alegremente de puertas y ventanas cuando vine de visita en diciembre. La señora Melcourt, la dama de la casa, estaba fuera aquel día, pero el señor Melcourt habló largo y tendido conmigo antes de dejarme recorrer la larga pradera de césped y los cansados parterres de un jardín tan poco imaginativo que me entristeció. Compró la casa hace tres años y, ahora que ha refor-

mado todas las habitaciones, ha centrado su atención en el exterior. Me hizo el encargo por recomendación de varios de mis antiguos clientes a los que, sin duda, desea impresionar. Quiere un jardín dotado de elegancia y ambición, uno que parezca que lleva años en la familia en lugar de ser una nueva adquisición financiada por la reciente herencia de una fortuna asociada al negocio del jabón.

La enorme puerta principal se ha abierto con un crujido, dejando ver a un ama de llaves vestida con un uniforme de cuello alto serio, negro y almidonado y con una cadena de llaves colgada como si fuese una *châtelaine* medieval.

–Buenos días –me ha dicho. Su voz comedida estaba teñida de un acento de Birmingham.

He estrechado el tubo de cartón lleno de papeles que he traído desde Londres con un poco más de fuerza.

–Buenos días. Soy la señorita Venetia Smith. Tengo una cita con el señor Melcourt.

El ama de llaves me ha mirado de arriba abajo, desde el ala del sombrero hasta la punta de las botas. Sus labios se han torcido en un gesto afilado como un junco cuando se ha fijado en el barro con el que me he manchado esta mañana al comprobar por última vez cómo estaban mis rosales.

–Puedo quitármelas si así lo desea –le he dicho con ironía.

La espalda de la mujer se ha tensado como si le hubiera clavado una horquilla de pelo.

–No será necesario, señorita Smith.

Me ha conducido hasta un salón doble y me ha indicado con un gesto que esperara al otro lado de la puerta. Me he percatado de que la estancia era, sin duda, grandiosa. Tenía un juego de puertas correderas que estaban a medio abrir y que podían dividir las paredes de paneles de madera colocados a mano. En uno de los extremos, una chimenea de mármol tallado custodiaba un fuego crepitante. Del techo colgaba una gran lámpara de araña que resplandecía gracias a las luces eléctricas que había dentro de una docena de bolas de cristal y que en ese momento iluminaban varios tapices y cuadros. Aun así, el mayor orna-

mento de todos estaba sentado en el centro de la estancia: una mujer rubia y menuda, ataviada con un vestido de lana blanca y un cinturón negro. Frente a ella, había tres niños sentados en fila. La niñera estaba vigilando a la niña más mayor, que estaba leyendo en voz alta.

—«Y el gatito le dijo al búho: ‘Oh, ave elegante, cuán dulce y encantadora es tu canción’».

—Querida... —ha dicho la mujer de blanco, que he supuesto que era la señora Melcourt.

La niña ha parado de inmediato. El corpulento señor Melcourt, vestido con un traje negro como la tinta, se ha levantado de uno de los sillones.

—La señorita Smith —ha anunciado el ama de llaves.

—Gracias, señora Creasley. Por favor, hágala pasar —ha dicho la señora Melcourt. Entonces, el ama de llaves se ha apartado para que yo pudiera ocupar su lugar.

—Señorita Smith, espero que el viaje no le haya resultado demasiado difícil —me ha dicho el señor Melcourt con un gesto brusco de la cabeza.

Fascinada, he observado cómo la nuez le rebotaba contra el cuello rígido de la camisa. ¿Acaso en esta casa son todos prisioneros del almidón?

—Ha sido muy agradable, gracias —he contestado.

—Mi esposa, la señora Melcourt —me ha indicado él. He hecho una pequeña reverencia a la que la señora de la casa ha respondido con un leve gesto de la cabeza, aunque no se ha puesto en pie—. ¿Son eso los planos? —ha preguntado el hombre con entusiasmo.

He levantado el tubo de cartón.

—Así es.

—Espero que cartearse con el señor Hillock le haya sido de ayuda —me ha dicho el señor Melcourt.

—Es un hombre muy entendido.

Un buen jardinero jefe puede ser un gran activo a la hora de ejecutar un nuevo diseño. Mucho después de que me haya marchado de Highbury, el señor Hillock será el encargado de mantener el espíritu de mi creación.

—¿Les gustaría ver los últimos dibujos? —les he preguntado.

El señor Melcourt ha asentido y su esposa tan solo ha esbozado una pequeña sonrisa, ha despachado a los niños y se ha puesto en pie para colocarse junto a su marido.

Mientras desenrollaba los planos sobre una mesa de madera de palisandro, he estudiado a mis clientes por encima de las gafas de montura de acero. En un sentido estricto, no es que las necesite para otra cosa que no sea hacer los bocetos detallados, pero he descubierto que la gente subestima enormemente a una mujer con gafas. Aunque, la mayoría de las veces, es en mi propio beneficio.

—Comenzaremos con la idea general para los terrenos. Me dijeron que querían combinar estilos formales y naturales para crear una sensación de elegancia y sorpresa. La gran pradera de césped es la formalidad. —He señalado la forma rectangular que representa la paradera de césped que ya existe en Highbury House—. Las vistas que hay del lago desde la veranda son preciosas, pero les falta algo que llame la atención; un toque dramático. Tallaremos escalones en la ladera y crearemos un muro pequeño rodeado de plantas. Las escaleras conducirán a un estanque reflectante ancho y poco profundo y, después, a la pradera ininterrumpida de césped que acaba en el lago.

—¿Quitará los árboles que están al borde del agua? —ha preguntado el hombre.

Yo he negado con la cabeza.

—Tienen hayas, abedules y espinos maduros que le otorgarán a la propiedad una sensación histórica. Como verán, las zonas más formales del jardín son también las más cercanas a la casa, que es donde es más probable que reciban visitas. —He alzado la vista hacia la señora Melcourt—. Tal vez sus invitados hagan un picnic o jueguen al croquet en el césped y, después, paseen por el arriate largo que recorrerá el borde oriental o el paseo de los tilos y el arriate umbrío que estarán en el lado contrario. Conforme se acerque al lago, el jardín cambiará de forma natural hacia un estilo más libre y salvaje.

El señor Melcourt ha torcido los labios.

–¿«Salvaje»?

–Tanto el señor Cunningham como el señor McCray dudaron cuando les sugerí hacer algo así, pero puedo asegurarle que acabaron complacidos con el resultado –he contestado, haciendo mención a dos empresarios industriales ricos que son miembros del mismo club de Londres que el señor Melcourt.

He contenido la respiración porque aquel era el momento de la verdad. ¿Iban a ser los Melcourt el tipo de clientes que creen que quieren algo nuevo, hermoso e innovador pero que, en realidad, buscan la familiaridad reconfortante de los espacios formales y cuidados de forma estricta propios de los jardines de los siglos anteriores? ¿O iban a permitirme darles algo mucho mejor: una obra de arte exuberante y con vida mucho más vibrante que cualquier cuadro?

–McCray mencionó que tiene usted algunas ideas radicales –ha comentado el señor Melcourt–. Sin embargo, también me dijo que el efecto no le ha valido más que elogios.

Quando su esposa no ha puesto ninguna objeción, he sonreído.

–Me alegra oírlo.

A continuación, he sacado rápidamente un dibujo detallado del arriate largo para mostrarle cómo unas altas columnas de clemátides se alzarían sobre rosales, cardos yesqueros, campánulas, diferentes tipos de *allium* y delfinios en suaves tonos rosas, blancos, plateados y morados. Les he mostrado cómo a través del uso de muros de setos y ladrillos podemos crear zonas con diferentes temáticas justo al oeste del arriate umbrío. Les he avisado de que algunos de los elementos del jardín necesitarían su tiempo: los tilos tendrán que ser entrelazados con cuidado cada año, atando las ramas más jóvenes y flexibles para crear la impresión de estar caminando entre dos muros vivientes. Hemos hablado sobre qué piezas de la colección creciente de los Melcourt quedarían mejor en el jardín de esculturas y dónde podrían jugar los niños.

En ese momento, en la distancia de la casa, ha sonado un timbre, pero los Melcourt apenas han levantado la vista.

–He mantenido los huertos en el lateral del edificio. No es ne-

cesario cambiarlos de sitio y, además, el vergel ya está maduro y produciendo fruta –les he dicho.

–Pero están tan cerca de la casa... –ha murmurado la señora Melcourt.

He comprendido las objeciones de la dama de inmediato.

–Ahora tan solo hay un seto de tejo separando los huertos del resto de la propiedad. Recomendaría construir un muro entre ellos y los diferentes jardines temáticos para que haya una mayor separación entre los jardines de trabajo y aquellos destinados al placer. Puedo mostrárselo, si quieren.

Los pasos pesados de un hombre han hecho que todos levantáramos la cabeza y un recién llegado se ha unido a nosotros. A diferencia del señor Melcourt, ese hombre llevaba la corbata un poco torcida e, incluso desde mi posición, he podido ver las manchas de barro que llevaba en el dobladillo de los pantalones.

–¡Matthew! –ha exclamado la señora Melcourt mientras su frialdad se transformaba en auténtico afecto.

–Hola, Helen. Hoy estás encantadora –ha comentado el caballero antes de darle un beso en la mejilla y de estrechar la mano del señor Melcourt.

–Señorita Smith, le presento a mi hermano, el señor Matthew Goddard –ha dicho la señora Melcourt.

–Es un placer, señorita Smith –ha replicado el hombre mientras me tomaba la mano. La suya era cálida a pesar de las temperaturas gélidas e inesperadamente áspera para ser un caballero-. He de confesar, señorita Smith –ha continuado él-, que he venido hoy a Highbury House con la esperanza de conocerla. Soy un gran admirador de su trabajo.

He retrocedido un poco, interrumpiendo nuestra conexión.

–¿De verdad?

–Visité Longmarsh House el año pasado y los jardines son exquisitos.

Me he relajado un poco al recordar con afecto Longmarsh y a *lady* Mallory, una viuda apasionada por la naturaleza y con una propiedad difícil situada en lo alto de una colina. Fue mi primera mecenas importante tras la muerte de mi padre. El pro-

yecto era muy ambicioso, pues había que construir terrazas en las colinas y crear siete niveles de plantación. Cometí errores por el camino, tal como le ocurriría a cualquier diseñador novato, pero, cuando terminé, *lady* Mallory lo declaró su propio Jardín Colgante de Babilonia.

–Es muy amable, señor –he contestado.

La señora Melcourt ha pasado la mirada entre nosotros, como si estuviera buscando algo.

–Desde luego, es un gran cumplido, señorita Smith –ha dicho al fin–. Matthew es un botánico de talento y tiene buen ojo para estas cosas.

El estómago me ha dado un vuelco. Nada me complace menos que encontrar a un aficionado inmiscuyéndose en mis encargos. A menudo se trata del caballero de la casa que, al haber nacido en la abundancia, decide que debería cultivar alguna afición. Lee mucho sobre plantas e incluso intenta cavar algún agujero de vez en cuando, pero la mayor parte del trabajo se lo deja a su jardinero, que a menudo se ve abrumado. La poda de invierno, cuando el viento te deja la piel de la cara en carne viva. Cavar zanjas de drenaje bajo el sol abrasador. Plantar a mano y de rodillas un centenar de bulbos para crear praderas que se llenarán de jacintos silvestres en abril. El caballero jardinero no quiere saber nada de todo esto, así que no tiene ningún conocimiento práctico de jardinería por mucho que insista en que sus opiniones deberían ser tenidas en cuenta.

–La señorita Smith nos está enseñando lo que ha planeado para Highbury, Matthew. Deberías unirte a nosotros –ha dicho el señor Melcourt.

El otro hombre ha hecho una pequeña reverencia.

–No quisiera molestar.

Yo he conseguido mantener la sonrisa.

–No es ninguna molestia.

La señora de la casa ha llamado a una de las doncellas para que trajera todas nuestras cosas. A pesar del sol, este día de febrero ha sido muy frío, así que nos hemos abrigado bien.

Desde la veranda, he señalado rápidamente dónde se situa-

rían el estanque reflectante, el paseo de los tilos y los arriates. El señor Goddard ha escuchado con atención y con las manos enguantadas entrelazadas tras la espalda. Ha hecho alguna pregunta de vez en cuando, pero nada más.

Después, nos hemos dirigido hasta el borde en el que la casa se encuentra con el césped.

—Aquí habrá una verja —he dicho, señalando más allá de los huertos, donde ahora solo hay un camino de gravilla—. Si la cruzamos, nos encontraremos con el primero de los jardines temáticos.

—¿Y cuál sería el tema de este? —ha preguntado el señor Melcourt.

—El jardín del té. Un cenador les proporcionará a usted y a sus invitados algo de cobijo para protegerse del sol o de los cambios repentinos del tiempo.

Por primera vez desde el momento en el que había comenzado a describir el jardín, los labios de la señora Melcourt se han curvado en una sonrisa.

—Qué considerado. —Entonces, me ha mirado—. ¿Habrá rosas en este jardín?

—Había pensado en que crecieran en torno a los pilares del cenador —le he contestado mientras señalaba los planos que había llevado con nosotros.

—Entonces, serán las rosas de Matthew, por supuesto —ha dicho la mujer.

—Helen, estoy seguro de que la señorita Smith tiene sus propios proveedores. —El señor Goddard me ha dedicado una sonrisa pesarosa—. Tan solo cultivo rosas de vez en cuando. Por favor, no se sienta obligada a cambiar sus planes.

—Es demasiado modesto. Me complacería mucho que usara las rosas de Matthew.

A pesar de la aparente cortesía, me ha quedado claro que era más una orden que una petición.

Me he molestado. Las rosas en las que había pensado para el jardín del té son de una variedad propia de mayo en un tono rosa pálido llamada «*madame Louis Lévêque*» que se cultivó

por primera vez apenas hace una década. No será difícil reemplazarlas por algo similar, pero no me ha gustado la intromisión de la señora Melcourt.

«Debes recordar que un jardín es una colaboración. –El viejo consejo de mi padre me ha resonado en la cabeza–. Debería aunar lo mejor de ti y de tus clientes, pero nunca olvides que a quien debes remitirte en todo momento es a la naturaleza».

Así que, reprimiendo un suspiro, he dicho:

–Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo sobre las rosas adecuadas para el jardín del té.

–¿Y las de los otros jardines? –ha preguntado la señora Melcourt.

–Tal vez podría proporcionarme un inventario de sus existencias –he dicho mientras me esforzaba por no hacer rechinar los dientes.

El señor Goddard me ha lanzado una mirada de disculpa.

–Sería mejor que viniera a verlas usted misma. Wilmcote está a tan solo diez kilómetros de aquí.

–Ahora que eso está resuelto, ¿qué hay de los otros jardines temáticos? –ha preguntado el propietario de la casa.

He respirado hondo, decidida a recuperar el control de mis propios planes.

–A continuación del jardín del té, encontraremos el jardín de los enamorados, repleto de colores vibrantes y con su estatua de Eros en el centro. Después, pasaremos al jardín infantil en tonos pastel y con cerezos, seguido del jardín nupcial que será completamente blanco. Junto a este, hallaremos un jardín acuático que anime a la contemplación. Señor Melcourt, tengo entendido que es usted algo así como un poeta.

El hombre ha sonreído, radiante.

–Me publicaron un libro el año pasado.

Adam investiga a fondo a nuestros clientes, así que ya lo sabía. Aun así, he fingido sorpresa y he dicho:

–Entonces, tal vez le complazca saber que he planeado crear un jardín de la poesía con guiños a muchos de los grandes poetas. Desde ese jardín se accederá a un jardín de esculturas en el

que se exponga su colección, un jardín de invierno y un paseo de lavandas. Al fondo, un camino de grava bordeado por árboles en el lado sur y, más allá de esos árboles, antes de llegar al lago, estará la zona boscosa. Construiré senderos y plantaré bulbos de floración primaveral que se irán mezclando con los árboles hasta el borde del lago y que darán paso a los campos de Highbury House Farm.

He visto cómo pasaban la vista entre los planos y el césped y los cuadros repetidos y poco imaginativos de lecho vegetal que componen ahora el jardín. Lo que quería era que lo vieran como yo y que comprendieran lo que podría llegar a ser.

—Será sorprendente e inesperado. —He echado un vistazo a los anillos que llevaba la señora Melcourt en los dedos y las perlas del alfiler de corbata que adornaba el centro del cuello de su esposo—. E impresionante. El jardín contará una historia que sus invitados podrán disfrutar una y otra vez.

Marido y mujer han intercambiado una mirada. Al final, el señor Melcourt ha dicho:

—Creo que tiene una gran tarea por delante, señorita Smith. Estamos deseando ver cómo cobra vida.